

Cuenta la leyenda que anduvo una humilde campesina a recolectar bayas en las faldas del monte que marca frontera entre Castilla y Aragón. Anduvo por antojo de madre primeriza y tenía ya el fondo del cesto bien cubierto de finas perlas azules cuando un dulce adormecimiento la invadió. Le pesaron los brazos y cada paso acompañó de un bostezo. Tras recorrer unos pocos metros junto a una roca cayó rendida. No hubiera imagen de más paz que la de la joven de piel clara y largos cabellos morenos recostada, con los miembros abrazando su vientre abultado de mujer encinta.

Un puñado de gotas de lluvia la despertó, débil avanzadilla de las negras nubes que cubrían todo lo ancho del cielo. Se alzó agitada. Quedaba un buen trecho hasta la aldea y fuera se hallaba del camino. Así su cesto, perdiendo algo de carga en el gesto, y se echó a andar todo lo ligera que pudo, llegando en algún momento a correr. Se empeñó el cielo en caer. Pronto el agua empapó su ropa y el suelo se tornó resbaladizo. Bramaban las nubes cada vez más cerca el trueno del rayo. Tejía la lluvia una densa cortina que difuminaba los pensamientos.

Tras las ramas de un arbusto que manoteaba violentamente divisó un refugio de pastores y a él corrió. La construcción no era más que un cúmulo de losas aglomeradas en cuatro paredes. Una única obertura, más ancha en la base que en el techo, hacía de entrada. Un hombre adulto no hubiera cabido de pie y tuvo la joven que acurrucarse en la gruesa piedra que componía el único mobiliario. Con cada golpe de aire temblaba la estructura entera. En todas las juntas el viento silbaba amenazador. Acudió a ella la angustia empujándola al ruego y al lloro:
-¡Dios mío! ¡Socorro! ¡A quien pueda oírme ayuda imploro!

Mas sólo las nubes contestaron: más agua, más rayos, más truenos. Gruesas gotas se escurrían del techo hasta su blanca faz y en sus mejillas se unían al caudal de sus lágrimas. Encharcado estaba ya el suelo cuando la mujer volvió a gritar.

-¡A quien pueda oírme ayuda imploro!

Una voz poderosa se elevó por encima del trueno:

-¿Quién pide auxilio en mis dominios?

La joven separó los párpados, nada atisbó más allá de la entrada al refugio. Se frotó bien los ojos. Lo único que vio fue al agua llevarse piedra y tierra ladera abajo. Asomó la cabeza hasta que le golpeó la lluvia en la frente y dijo:

-Modesta aldeana soy. ¿Quién habla? ¿Quién sois vos? No conozco vuestra voz.

-Dueño soy de lo que pisas, dueño de hasta los mismos caminos, dueño era de las endrinas que en el cesto llevas hasta que han sido prendidas.

Y jurara la beldad que a cada palabra temblara la tierra misma.

-Perdonadme si vuestras son -trémula la voz-. No sabía yo que estos bosques tuvieran amo. Pero entrad a resguardaros, sin duda se os deben estar calando los ropajes.

-No cabría yo en esa angostura -Y sonó una carcajada más allá de la tempestad.

-Decidme señor, os lo suplico, desde aquí no puedo veros, ¿tenéis vos medio de llegar a la aldea o a mejor abrigo que este en el que me hallo? Pues temo a cada rayo perder la vida o la que en el vientre traigo. Os compensaré con lo que bien pueda... Soy buena costurera.

Tras una larga pausa bramó la fuerte voz:

-Té guardará del trueno y del rayo como esta tarde del lobo te he guardado. De los dos hijos que alumbrarás uno mío será. Aquí deberás traerlo. Recuerda bien este trato mujer. Dos vidas te doy, una te exijo a cambio.

Tembló la tierra y con el ruido del galope de mil caballos un alud de roca cubrió el débil cobijo. Cayó la joven desmayada en ese mismo momento.

Por el canto de los pájaros a la mañana fue despertada. Hirió sus ojos la luz del sol que por los resquicios de la pared se colaba. Rápida,

apartó la mujer un par de piedras y pudo asomar la negra melena a la montaña. Como un gigante embravecido la tormenta había hecho caer árboles a diestro y siniestro. Un par de losas fueron al suelo y se vio la aldeana libre de volver al camino. Apenas hubo dado cinco pasos que la gruesa estructura que le había dado cobijo se derrumbó diluyéndose en un pedregal de losas grises.

Llegó a casa y con nadie compartió este suceso.

Apenas dos meses después, con las nieves, nacieron dos criaturas de piel clara y bella factura. Tan pronto como comenzó a amamantarlos quiso la madre olvidar su deuda. Mas hechos hubo que no se lo permitieron.

Ocurrió primero que en el momento de ser los niños cristianados, al tomar contacto la pila bautismal con el que era deuda al mismo tiempo, se quebró la piedra derramando agua bendita por el suelo. Ello no impidió que le pusieran de nombre Odón, y Aldo a su mellizo, mas fue por todos entendido como señal de muy mal presagio.

El paso de los meses también dejó claro que no mudaría el gris de los ojos a diferencia del verde que adoptó su hermano.

Seca voz tuvo Odón. Sus lloros eran hermanos del mismo cierzo. Sus palabras inferían grandeza, pero también lejanía. Temerosa la madre de acusaciones de brujería lo instruyó para que a ojos y oídos de los demás aldeanos mudo fuera.

Así fue creciendo Odón, siempre en silencio, siempre eludiendo el tacto de las paredes, siempre callado.

Su altura y sus fuertes brazos pronto lo hicieron valedero de un lugar en los surcos del arado, entre hoces y espigas. De los dos terrones, ambos arrendados, que cultivaba aquél al que llamara padre le fue el trabajo vedado en el que quedaba a levante, junto a la montaña. Relegado a un puñado de tierra mal arrojado en el valle del Araviana, acudía cada mañana perseguido por los rayos que se colaban tras la gran mole parda. Aquella pieza desdeñada por los labriegos, aquel

trozo del mismo infierno, pronto fue la más fructífera de la región. Lombrices largas como brazos y gruesas como dedos se desprendían con cada golpe de azada y no fue necesario barbecho en todo el tiempo que la cultivó. Llegó el rumor a oídos del propietario, quien desde la ciudad exigió mayor tributo. Pudo entonces más la codicia del padre que el aislado temor de la madre y fue llamado Odón a trabajar en el otro campo. Así pues, a la mañana siguiente subió la pendiente.

Bastó un solo golpe, una sola hendidura de la hoja de la azada en la falda de la montaña, para que temblaran las rocas y soplara el viento. Regañón, voló sombreros y haces de paja. Un gran desprendimiento de losas grises comenzó a abrirse camino desde la misma cima hacia la figura del joven Odón. Quiso el destino que estuviera allí su mellizo y lo arrastrara a tiempo tras la tapia de un corral donde los ojos grises se tornaron blancos y quedó inconsciente. Al punto llegó la madre corriendo y viendo los útiles de campo casi cubiertos por las piedras comenzó a gritar y arrancarse cabellos a puños.

—¡Maldito seáis, bellaco! ¡Maldito seáis! ¡Tirano!

Un fuerte golpe de aire la hizo caer.

—Paga la deuda que tienes en tu haber —clamó el viento—. Págame lo que es mío.

Acudió entonces Aldo a socorrer a su madre, mas el fuerte viento los arrojaba una y otra vez al suelo.

—¿Qué ocurre madre? ¿Qué es este misterio? —y fue esto oído que engulló la lengua de roca al mozo.

—Escúchame plebeya, escúchame mortal. Tu hijo será retenido mientras al mío tengas cautivo.

Desapareció la rocalla ladera arriba dejando su rastro gris.

Recobró Odón la conciencia y encontró a su madre hecha un mar de lágrimas en mitad de la pieza. Quiso consolarla, mas ella con las manos le selló los labios.

—No hijo mío. No me hieras con tu voz. Demasiado se parece a la de tu padre. Llévame a casa que por el camino todo te será desvelado.

Y mientras en brazos fue cargada susurró secretos al oído.

Toda la noche pasó el muchacho en duermevela cambiando paños húmedos de la frente de su madre, toda la noche eludiendo preguntas de la gente. Al despuntar el alba tomó su azada y emprendió el camino. Conquistó la hierba alta, coronó el barranco del Colladillo, todo sin detenerse en fuente o arroyo alguno. Siguió el rastro hasta el mismo San Miguel. Allí vio volar los pájaros a sus pies. Plantó sus piernas como columnas, alzó la azada con ambas manos y al tiempo que descargaba un hondo golpe a la tierra gritó con su voz pétrea:

—¡Aquí me tienes! ¡Rescate soy! ¡Rescate pago!

El eco se multiplicó e hizo estremecer todos los pueblos del somonte. Comenzó la roca a inquietarse y toda la que había descansado en el lecho del circo se alzó y lo rodeó en un fuerte abrazo. No trató de desembarazarse. No huyó de su destino. Silbaron los vientos. Gritaron, pero ningún hombre los supo entender. Y allá, en el gran mordisco a la montaña dado, yace su único hijo.

Esto que se os ha contado me fue transmitido el día que hallé una vieja y herrumbrosa azada en el circo de San Miguel. Si alguna vez la veis al pasar, dejadla. No queráis disputar a la montaña nada que considere suyo. No queráis no volver o volver heridos y polvorrientos como Aldo hizo.

Fin del
cuento.